

■ PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ De Gaulle, un siglo

■ La República soy yo

Hoy hace cien años nació, en Lille, Charles de Gaulle, quien llegaría a ser presidente de la República Francesa y murió, también en noviembre, hace veinte años, cuando estaba por cumplir ocho décadas. Ha sido uno de los mayores jefes de Estado de la

era moderna y, sin duda, el político más notable que ha gobernado a Francia en esta centuria. Como si hablara de sí mismo, o tal vez haciéndolo, De Gaulle llegó a decir que "no se hace nada grande sin grandes hombres", en una fórmula cuya exactitud se aprecia con rigor cuando se carece de estadísticas capaces de conjugar la mirada larga hacia el porvenir con la entereza para actuar en ese sentido.

Nadie diría nunca que se sorprendió de ver cómo De Gaulle ganaba un lugar en la historia. Parecía natural en él comprender lo que iba a ocurrir y proponerse obrar en consecuencia. Sus profecías militares, aunque desatendidas, lo hicieron notorio desde que era capitán. Pero su mayor percepción política, potenciada por una conciencia histórica y un patriotismo a ultranza, estribó en negarse a aceptar la capitulación del ejército francés ante el empuje de los alemanes. De la nada, contra todo, organizó la resistencia y el gobierno de la Francia Libre y pudo hacer, así, que su país pasara de vencido a vencedor en la Segunda Guerra Mundial. Jefe del gobierno del país reconstituido, quiso evitar las trampas y los yerros de la Tercera República, buscando instituir un régimen presidencialista y no parlamentario, pero fue derrotado y se retiró al exilio interior, a su travesía del desierto que duró 12 años.

En 1958, cuando la crisis del colonialismo francés se convertía en una crisis del Estado mismo, la audacia y la tenacidad de De Gaulle lo convirtieron en el hombre providencial. Paradójicamente, fue deseado sobre todo por aquellos que resultaron a la postre derrotados por la política del general frente a Argelia. Era un estadista dado a los golpes de teatro: ante la multitud de argelinos que lo aclamaban recién llegado al gobierno, ex-

clamó un "¡Os he comprendido!", que cada bando interpretó como una declaración a su favor.

Su histrionismo, dicho sea sin ánimo peyorativo, fue bien detectado por don Daniel Cosío Villegas cuando De Gaulle visitó a México en 1964. Por cierto que el artículo respectivo apareció bajo el seudónimo de Gloria Pantoja en una publicación francesa de aquel tiempo, aunque después don Daniel admitiría su paternidad. Cosío Villegas se refiere al discurso con que un diputado bienvenido al ilustre visitante al Congreso mexicano: "El general De Gaulle, que no entiende el español, que se negó a leer la versión francesa escrita que se le entregó antes de iniciarse la lectura del discurso, que no quiso que la intérprete oficial del gobierno mexicano o el traductor alquilado por la embajada francesa, se lo fueran traduciendo simultáneamente a la lectura; ...dio con su rostro, sin embargo, muestras inequívocas, primero de grata sorpresa, después de satisfacción colmada y al fin de gratitud porque se reconocía tan paladinamente la deuda impagable que toda civilización occidental tiene con su país... La cosa no quedó ahí, sin embargo. El general De Gaulle contestó en francés, y se opuso una vez más a que su respuesta se tradujera al español. Quien conozca bien los medios políticos mexicanos podrá asegurar que excepto los secretarios de Educación y de Relaciones Exteriores, ninguno de los presentes entendió plenamente el francés desnudo, pero convincente, del general... ¿Quiere decir que aquella escena... era mentira descarada o tosca farsa? ¡De ninguna manera!... Bastaba la presencia y el deambular de los actores por el escenario; apenas sí agregaban el gesto, la entonación, la pausa. Se trataba, en suma, de una romanza... sin palabras, en la cual, por definición, lo que importa es el trino o, a lo sumo, la meoldía".

Constructor de la nueva institucionalidad francesa, de las potencias y, sobre todo creyentes en la identificación de su destino personal con el de Francia, el general De Gaulle no comprendió el significado de la revuelta de mayo de 1968 y al año siguiente, por una cuestión administrativa menor en que su voluntad no fue seguida por la mayoría de los franceses, se retiró a su casa de Colombey le deux Eglises, donde sólo sobreviviría un año más. Ya tenía su lugar en la historia, de Francia y de la humanidad.